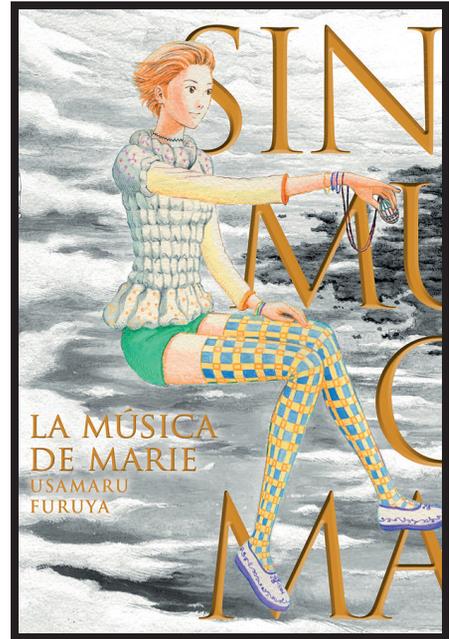

La música de Marie

USAMARU FURUYA

Milky Way Ediciones, 2016

A veces pasamos por alto las diferencias culturales. No las grandes diferencias. Esas son imposibles de obviar. Y no pocas veces, aquellas ni siquiera existen. Pero los pequeños detalles, las diferentes formas de ver un mismo sustrato común, son cosas tan sutiles que acaban pasando desapercibidas. En otras palabras, aunque al final todas las culturas acaban pareciéndose en más cosas que en las que se diferencian, las pequeñas variaciones en la forma de pensar son las que determinan los mayores malentendidos.

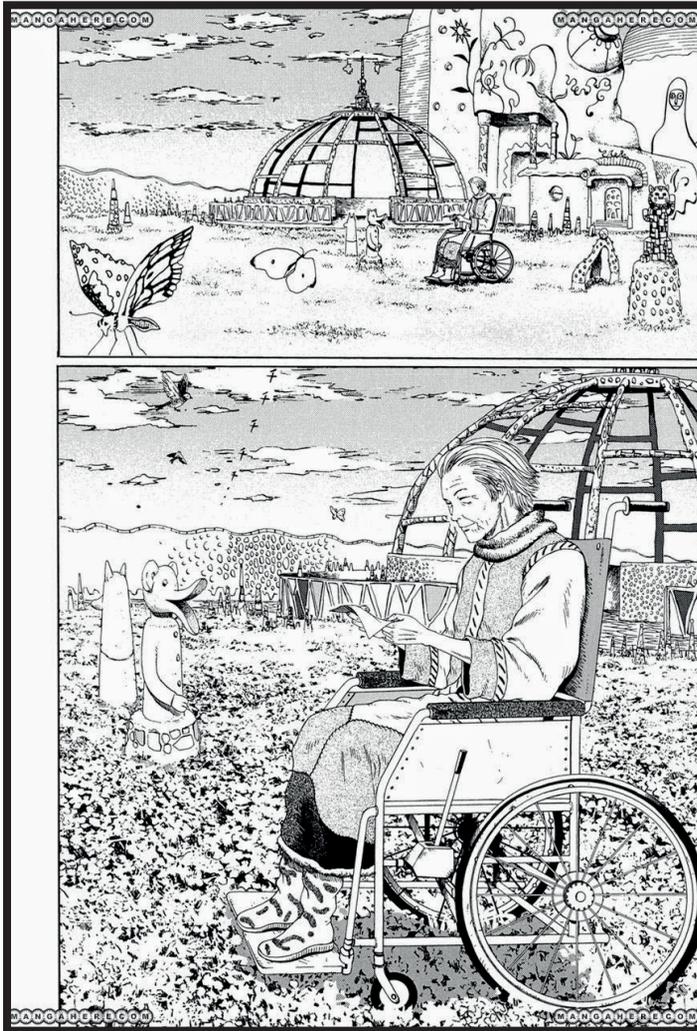
Eso es evidente en el manga. Su forma de narrar, de componer las páginas o incluso las herramientas que usan difieren de las que son comunes en occidente. Así y con todo, podemos entenderlos. ¿Por qué? Porque en el fondo, los mangas también son cómics. Lo único que cambia son los detalles.



Algo así debía tener en mente Usamaru Furuya cuando escribió *La música de Marie*.

A lo largo de las más de seiscientas páginas, Furuya nos narra la historia de Kai y Pippi, un chico y una chica que se conocen desde hace ya muchos años. A punto de cumplir dieciocho años, pasan sus días trabajando, jugando y paseando por su pequeña isla, la ciudad de Gil, un paraíso industrial donde se fabrica todo tipo de maquinaria fantástica. Algo que puede estar a punto de cambiar en tanto que en Gil tienen la tradición de que las chicas, a partir de los dieciocho años, pueden declararse (y pueden verse declaradas por parte de pretendientes) al chico que ellas prefieran. Pero solo pueden hacerlo un día al año: el día de su cumpleaños.

A eso cabe sumar varios detalles. Algunos mundanos, otros peculiares. Que Pippi está enamorada de Kai. Que hay una diosa flotando en el cielo llamada Marie. También que la isla es parte de una utopía social a nivel mundial o que Kai tiene extraños estigmas en las manos. Por no hablar de que la diosa, Marie, sepultó una antigua civilización bajo el mar o que Kai desapareció durante dos semanas en aquel mismo mar y no recuerda lo que pasó.



Todo eso es parte del trasfondo de *La música de Marie*. Del muy particular cosmos que compone Furuya con pulso de artesano con tanta delicadeza como buen hacer.

Porque si hay algo detrás de sus páginas eso es delicadeza.

Con un dibujo precioso, lleno de detalle, todos los diseños, prácticamente cada plano, están cargados de imaginación. Desde la sutil búsqueda del detalle en todas las máquinas hasta lo extravagante del sentido de la moda imperante en Gil, pasando por la sensación de pequeñez que logra hacernos sentir cada escena donde esté implicada Marie, todo está cargado de un fervor cuasi religioso que más que crear un mundo, lo evoca. Casi como si Furuya no inventara nada, sino que nos evangelizara sobre un futuro por venir.

Porque además, de eso trata *La música de Marie*. Sobre el papel de la religión. De su función como pegamento social. Pero también de si el hombre puede compararse con dios, si acaso es deseable y qué ocurre cuando la ambición del hombre se ve truncada no porque no sea capaz de superar a dios, sino por todo lo que implica ser capaz de alcanzar ese libre albedrío donde prácticamente todo es posible.

A ese respecto, tal vez lo más interesante de *La música de Marie* sea lo que nos propone el propio Furuya en su epílogo. Cómo, tal vez, el mundo que nos presenta sea su ideal humano. Pero eso es también lo que diferencia, en términos de narrativa, a Furuya de los narradores occidentales. El tono. Porque *La música de Marie* es una distopía. O para ser exactos, es absolutamente indistinguible si es una utopía o una distopía.

Eso implica que se sale del canon clásico occidental. Comparar este manga con *1984* o *Un mundo feliz* sería legítimo, pero estaríamos haciendo una comparación absurda en tanto Furuya no ve que sea negativo lo que ocurre en la sociedad. Incluso si nadie en Gil es

realmente libre. Incluso si nadie lo es en ese mundo sostenido sobre el trueque y la bondad universal. Porque todo el mundo es feliz. No existe la esclavitud, los malos sentimientos se disipan antes de ir a más y las peleas son algo tan improbable que las conocen solo como conceptos.

Ni siquiera parece probable que puedan concebir la existencia de conceptos como «guerra», «asesinato» o «genocidio».

Si quisiéramos encontrar algo siquiera parecido a *La música de Marie*, tendríamos que mirar hacia Japón. Obras como *Psycho-Pass*. Distopías más o menos abiertamente totalitarias donde la clave es preguntarse, ¿pero acaso no funciona el sistema? Y si bien en *Psycho-Pass* existen víctimas, lo cual da un sentido a la rebelión en tanto existe gente aplastada por el sistema en favor del bien común, en la obra de Furuya no cabe espacio para esas ambigüedades. Marie es tan perfecta, tan fría y elevada, que no cabe la posibilidad de que haya alguien que no pueda ser feliz, o sentir un irrefrenable impulso erótico, bajo su mandato.

Eso es lo terrible, maravilloso y bello de la obra de Furuya. Que toda la belleza que nos da con una mano, nos la arrebatara con dudas éticomorales con la otra. Porque nos habla a nosotros. Habla de nosotros. Incluso con toda la distancia cultura que queramos imponer, es obvio que habla sobre la esencia de lo humano. Sobre algo que trasciende la cultura o el pensamiento. Y lo hace porque rastrea el germen de una duda. Lo rastrea y lo pone en el centro de la discusión. De ese modo, *La música de Marie* trata sobre la libertad. Si merece la pena o no. Y aunque en occidente situemos la idea de libertad por encima de todas las cosas, las dudas de Furuya sobre si no sería mejor existir en un mundo sin libre albedrío, pero feliz para todos, son legítimas.

Otra es que esas dudas, como toda la filosofía, acaben siendo un epitafio, triste y amargo, para una obra maestra no solo del manga, sino del cómic universal.

ÁLVARO ARBONÉS

Álvaro Arbonés (Zaragoza, 1988) ha estudiado Filosofía en la Universidad de Zaragoza. Escribe crítica cultural en varios medios de internet (Entrecomics, Mondo Pixel, Miradas de Cine, Studio Suicide). Fue uno de los ganadores del Primer Premio Internacional de Lectura Literaria y también uno de los ganadores del Premio Ariel mejores blogueros jóvenes de ensayo.